



Buscavestruces



“Todavía se me ponen los pelos como espinas, cada vez que me acuerdo de aquello. La verdad es que fue una prueba demasiado dura para nosotros. Una prueba para veteranos en travesuras, no para un par de pobres gurises recién iniciados como Severiano y yo.

Suerte que mi compañero era como gato para escurrirse. Si no, yo no sé qué hubiera sido de él bajo aquel gigante patón, picudo, desalado y furioso. Ni qué hubiera sido de mí, si el ne-

IV Recuerdo Inolvidable



grito llega a caer bajo semejantes uñas.

Ibamos encañados al tranquito de un matungo viejo, contra el alambrado divisorio del campo de mi padre con el del vecino a quien le habían regalado un casal de hermanos de mis charanbocitos. Si aquellos habían desaparecidos para siempre, estos dos estaban hechos tamaños avestruces, ya en edad de ser padres.

Conversando de lagartos, íbamos con mi compañero. Ganosos de encontrarnos con algún huevero, para darles gusto a las piernas en una correteada por entre un pedregal que nos venía convidando para el zafarrancho. Bajo el sol picante de la media tarde de octubre, apenas si aguantábamos sentados sobre el lomo casi quieto de nuestra cabalgadura. Eramos como dos frutos jugosos de ansias de aventuras; maduros de inmovilidad y tipleza; prontos a caer apenas nos tocara la menor tentación.

Pues la tentación estaba allí, a pocos metros de nosotros. Cuando yo la vi, Severiano ya estaba en el suelo, mostrándomela.

—¡Mirá la avestruza en el nido!

Había gritado el negro, resbalando por las ancas del mancarrón. Sofrené, le caí al lado.

—Está poniendo.

Agregó mi amigo, olvidado de que ningún ave pone de tarde.

—Nos vamos a hacer la panzada de huevos.

Remató el negro, ya cruzando el alambrado. Y encarándose con el bicho echado:

—Levantate, che pescuezuda.

Y va caminando hacia allá:

—¡Vamos, pues! Movete, antes de que se me termine la paciencia.

Entre "paciencia" y lo que vino en seguida, yo apenas habré pestañeado. Lo que vino, fue un entrevero rodando hacia el alambrado. Abajo, un diablo chiquitito, desparramando brazos y piernas hacia todos lados; arriba, un diablo descomunal errándole patadas al otro y acertándole picotazos.

Lo salvó el alambrado. Y lo salvó, porque el negro se hizo un pajarito por entre los hilos. Que si no, habría quedado él, vuelto hilitos, entre las uñas del de arriba, que no era otro que el mismísimo fiandú padre.

Allí quedó el bicho desalándose, más malo que un toro, golpeteando el pico como una ametalladora y abriendo los dedos como garfios, rumbo al negro ya fuera de su alcance.

Yo, helado, pálido, mudo. El pobre mancarrón viejo, transformado en un pótro cerril, los ollares como fuelles, los ojos como bochones, las orejas como cuchillos apuntándole al demonio de enfrente.

¿Y el negro?

Pues el negro hecho un ovillo, revolcándose por el suelo a las carcajadas. Tal cual si le hicieran cosquillas. Allí cuando a tentación de risa lo dejó hablar, habló, como a los barquinazos:

—La pan... zada de huevos se... nos volvió jabón... her... manito...

—¡Negro loco!

Hice yo recién mi primer comentario y creo que alcancé a sonreír.

Montamos a caballo, seguimos al tranquito. De a poco, comencé mi lengua a desacalambrarse. Hablaba y hablaba, yo.

Mas por allá me di cuenta de que iba hablando solo. Severiano iba mudo.

Rato después, ya me reía. Pero a medida que me invadía la tentación, el negro se quedaba cada vez más serio.

Conclusión: al llegar a las casas iba yo en una sola carcajada y mi compañero temblando. Parecíamos dos muñecos encañados. Suerte que el matungo no esperaba otra cosa que liberarse de nuestro peso e irse a comer tranquilamente.

Por muchos días no pude ni insinuarle a Severiano una conversación sobre aquella aventura.

—¡No me hable de eso, compañero...!

—¿Qué pasa?

—Me da en cara.

Juanito de Por Allá